

por vuestra comodidad y gloria ; pero vosotros por un profundo olvido de estos servicios , apénas sabeis que sus plantas han santificado nuestras calles, que su presencia ha honrado vuestros pueblos. ¿ Acaso esta ingratitud es efecto de una ceguedad igualmente reprehensible que la de aquellos que no creían los portentos de los enviados del Señor? No fieles , no , dejad esa conducta tan ajena de la fe. Solano es vuestro hermano, y el que mas ama este púeblo favorecido del Perú : *Hic est fratrum amator et populi Israel.* Este Jeremías ora continuamente por vosotros : *Hic est qui orat multum pro populo,* como lo dijo Onías al Macabeo hablando del profeta santo que acabo de nombraros. Recurrid á Solano en vuestros aprietos, y le hallareis propicio. Él agradece y recompensa los deseos con que le esperabais para vuestra conversion , y este es el título por que le tendreis mas obligado : *Me insula spectant et naves maris, ut adducant filios tuos de longe nomini Domini sancto Israel.*

Y vos gran Dios , que propagasteis la hermosa planta de nuestra fe hasta los términos de estas tierras, conservad esta viña que plantasteis por la mano de Solano vuestro fiel siervo. No derrame en ella el hombre enemigo la mala semilla del error : dadnos por su intercesion en esta vida la gracia para obrar bien, y en la otra la vida eterna. Esta os deseo. Amen.

SERMON

DE SAN FRUCTUOSO,

OBISPO DE TARRAGONA,

Y SUS DIÁCONOS

SAN EULOGIO Y SAN AUGURIO.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

ILUSTRARON Á SU PUEBLO CON SU VIDA Y CON SU MUERTE.

Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent patrem vestrum qui in caelis est.

De tal suerte luzca vuestra luz delante de los hombres , que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

S. Mat. c. 5. v. 16.

No envía el Señor á sus ministros á los pueblos para dominarlos y reducirlos á la servidumbre por la fuerza, para que se engruesen con su sustancia, para que difundan el terror y sujeten con las armas, con el poder y la violencia : quiere que sean la luz del mundo, que alumbren al mundo sumergido en las tinieblas y el error con la predicacion de su Evangelio y la luz de la verdad, y que dirijan á los hombres por los caminos de la salud ; quiere que como una ciudad edificada sobre un monte, estén á la vista de todos, que no se oculten por el miedo de las persecuciones, sino que se manifiesten con toda libertad y publiquen sobre los techos la doctrina que han aprendido en el retiro y meditacion de la ley santa, y que como una luz encendida y puesta sobre el candelero alumbren á todos con la pureza de su doctrina y santidad de su vida, sin ocultar su luz

y hacerla inútil ó por su negligencia, ó por el temor de los peligros y contradicciones. Quiere que luzca su luz delante de los hombres de un modo que vean sus buenas obras, y sirvan estas, no para que los alaben y pongan su fin en los aplausos del mundo, sino para que glorifiquen por ellas al Padre que está en los cielos.

Habiendo de formar el elogio de san Fructuoso obispo de Tarragona y de sus diáconos san Eulogio y san Augurio, ¿puedo hacerle mas completo, ni decir cosa alguna mas digna en honor suyo que decirlos que fueron ministros segun los deseos del Señor, y luces encendidas puestas sobre el candelero, que alumbraron á su pueblo como lo quiere Jesucristo? Las promesas mas lisonjeras, las amenazas mas terribles, los tormentos mas crueles, las esperanzas y el temor, los vientos de la seducción y la astucia, los huracanes recios de la tribulacion y los suplicios se levantaron para apagar estas luces brillantes puestas por Dios para alumbrar á su pueblo, y para derribar estas ciudades edificadas en alto para ser vistas de todos; pero conservaron su luz sin ocultarla por el miedo, ni por las ventajas y bienes del mundo. Fuertes sobre todos los temores y esperanzas humanas, despreciaron generosamente no ménos lo que aman que lo que temen los hombres. No retrocedieron á la vista del peligro que los amenazaba de cerca, despreciaron la muerte, no miraron lo que perdian, sino lo que ganaban, no repararon en los medios, sino que atentos al fin, léjos de temer, desearon y se congratularon con los tormentos. Fueron vistas sus obras buenas por los hombres y glorificaron estos por ellas al Señor. Como ministros enviados por Dios y luces puestas por el Señor sobre el candelero, ilustraron á su pueblo con su vida y con su muerte.

He aquí, mis amados hermanos, lo que pienso decir en elogio de estos héroes cristianos de nuestra patria, y lo que obliga á confesar la mas rápida y sencilla lectura de las actas de su martirio. He aquí tambien lo que debe amonestarnos de la suma diligencia que debemos tener para vivir de un modo que seámos luz y ejemplo en nuestras costumbres, y no llevemos delante las tinieblas y el escándalo. Haced, Señor, que miéntras contemplamos los hechos y recordamos los méritos de nuestros santos, nos inflamemos con su ejemplo y formemos la resolucion de ser luz y obrar como hijos de la luz. Ayudadnos con

vuestra gracia, que os pedimos por la intercesion de vuestra santísima Madre. *Ave Maria.*

Sic luceat lux vestra...

No voy á presentaros ni á hacer caudal para mi propósito de nacimientos ilustres, de familias nobles y esclarecidas, de fortunas inmensas, ó de adelantos en las ciencias y acciones de valor entre las armas; la luz de nuestros santos se descubre y brilla entre las tinieblas de la persecucion, y sin haberse extendido los edictos de los emperadores Valeriano y Galieno contra la iglesia hasta Tarragona, acaso hubieran quedado en el olvido y conocidas de solo Dios sus virtudes, que tanto brillaron puestas á la prueba y acrisoladas con los tormentos y la muerte. Preciso es observar que era el siglo tercero de la iglesia cuando san Fructuoso era obispo de Tarragona, y sus diáconos san Eulogio y san Augurio. No eran entónces las dignidades eclesiásticas recompensas del favor de los poderosos de la tierra, ni distinciones de familias privilegiadas; no se ambicionaban como comodidades del mundo y puestos que proporcionan las riquezas, los honores, el descanso y el regalo; llevaban consigo los trabajos, las persecuciones y molestias, y no podían recaer por lo comun sino sobre la virtud, porque una virtud superior era necesaria para abrazar un estado de vida irreprochable, laborioso, pobre y que no ofrecia en el mundo sino molestias, persecuciones y tormentos. Colocados nuestros santos en esta época en unos puestos tan distinguidos y eminentes en la iglesia de Tarragona, su destino es la prueba de su virtud y santidad de costumbres, la prueba de que la luz de sus obras buenas brilló sobre los demás, lo que basta para su engrandecimiento y su elogio, sea la que fuere su patria, su familia y su fortuna de que no podemos tener una noticia exacta. Su destino es la prueba de su educacion y costumbres piadosas, lo que únicamente debe atender el cristiano, porque es lo que únicamente merece el aprecio y entra en la balanza del Dios de santidad. Cuando quisiésemos pruebas positivas y convincentes de esto mismo, la persecucion de los emperadores nos las suministran.

Emiliano, digno mandatario de los emperadores, hombre cruel y resuelto á sostener á toda costa el culto de los dioses

paganos y aniquilar la religion y el culto del Dios verdadero, fué elegido gobernador de Tarragona, y publicó en todo su departamento los bandos de exterminio y de muerte contra todo el que no adorase á los ídolos de Roma y renunciase al nombre y profesion de cristiano. La tribulacion prueba á los justos y da á conocer la verdadera virtud. La luz encendida por el Señor para alumbrar á su pueblo no se apaga con los vientos de la persecucion, sino que estos la dan pábulo y alumbra mas y mas. Aquella fe viva, aquella caridad ardiente, aquel celo por el bien de su pueblo y la salud de las almas encomendadas al cuidado del santo obispo de Tarragona, ni se entibia, ni se acobarda á la vista del peligro; redobla sus esfuerzos, aumenta su fervor, rodea como un pastor celoso y valiente á su rebaño, para que ninguna oveja sea devorada de los lobos que le asaltan en tropas; amonestaciones, ejemplos, oracion continua al Padre de las misericordias, ayunos y austeridades para aplacar la ira del Señor, hé aquí la ocupacion de su celo y las armas que pone en movimiento en la guerra cruel que amenaza á su pueblo.

Desgraciadamente, hermanos míos, tenemos en nuestros dias demasiadas pruebas para acreditar que somos celosos, exactos y hasta rígidos en la observancia del culto y los preceptos del Señor, cuando en ello no hallamos contradiccion, cuando nada tenemos que temer, cuando están léjos los peligros, las privaciones y los tormentos; pero que somos demasiado cobardes, demasiado frágiles y culpablemente condescendientes cuando el peligro está cerca, cuando tememos perder las comodidades, el descanso ó la libertad; que nuestras atrevidas resoluciones y propósitos, semejantes á las de san Pedro en el cenáculo, han desaparecido á la primera voz de amenaza, á la intimacion de una lijera pena ó privacion, si no nos hemos anticipado á prevenirlas y hemos procurado con tiempo hacer saber nuestra aquiescencia y aprobacion de cuanto se nos mande. La luz de nuestro celo y caridad se apaga al mas lijero soplo de la persecucion, porque no la alimentamos con la oracion, con la penitencia y contemplacion de la eternidad, y buscamos excusas y pretextos para justificar nuestra cobardía en los discursos y cavilaciones de la ciencia terrena. El celo y la fe viva de san Fructuoso se hizo conocer del mismo Emiliano que no tardó en saber el enemigo fuerte que tenia contra sus disposiciones, y los progresos que hacia la religion de Jesucristo por los esfuer-

zos del obispo Fructuoso y sus diáconos Eulogio y Augurio. Si fueron vigilantes y celosos en la paz y el descanso, lo fueron mucho mas en la persecucion y la guerra, y lo fueron tambien en medio de los peligros y los tormentos sin asustarse ni flaquear á la vista de la muerte.

La conducta religiosa y cristiana, el celo apostólico de nuestros héroes se reputó por Emiliano por un desprecio criminal de los principes del mundo, cuyos sanguinarios edictos y crueles disposiciones habia venido á cumplir; y mandó á sus ministros que con todo el aparato y demas circunstancias que sirven para aumentar el terror y manifestar el desprecio, los prendiesen y aprisionasen. Atropellaron la casa de Fructuoso en un domingo en ocasion que despues de concluidos los divinos officios, las preces y explicacion del Evangelio, se habia retirado á descansar, y habiendo oído el estrépito de los emisarios, salió el ilustre prelado á recibirlos con amor y ternura sin haberse calzado. Recibió á sus enemigos con la mansedumbre y cordialidad de un varon justo; oyó sin inquietud y con un placer santo las órdenes del gobernador, y pidió para cumplirlas el tiempo necesario para calzarse. Se ofrece con sus dos diáconos al martirio que tanto deseaban para corresponder á aquel Señor que dió por ellos la vida en la cruz, y caminan sin parar llenos de gozo á la cárcel pública estos héroes de la religion santa. De dia y de noche se agolpan los fieles de todo sexo y edad á ver en las prisiones á su santo prelado sin temor á las amenazas ni castigos, y á recibir las lecciones de salud que con un celo apostólico daba sin cesar á todos, exhortándolos á que se conservasen firmes en la fe sin mirar los tormentos y la muerte del cuerpo, que era el mal que podian hacer los poderosos del mundo, pero que no tienen potestad alguna sobre el alma. ¡Consejos saludables de fortaleza y de virtud! ¿De cuánta eficacia y qué impresion tan fuerte y persuasiva no hariais acompañados del ejemplo de un pastor que sufre, que se presenta en la pelea, que está dispuesto á morir en defensa de lo mismo que aconseja? Fariseos hipócritas hay en la ley de Jesucristo que imponen cargas pesadas á los demas y no tienen ellos valor para levantar una paja; pero Fructuoso como buen pastor va delante y conduce á su rebaño con su ejemplo. Las oraciones de su iglesia se dirigen al Señor sin intermision por él, no se secan las lágrimas, y se lamentan y llenan de afliccion

todos por su pérdida, no acertando á separarse de su lado. ¡Espectáculo agradable al cielo y edificante á la tierra! ¡Gozo y satisfaccion inexplicable que no han podido proporcionar jamas todos los placeres mundanos!

Encendido en cólera el gobernador, hizo presentar en su tribunal á los tres reos el viérnes siguiente á su prision: ¿no habeis oído, les dice, lo que tienen mandado los emperadores romanos? « Yo lo ignoro, contestó Fructuoso, porque soy cristiano. » Tiene mandado, dijo el gobernador, que todos sus vasallos tributen culto á los dioses. « Pues yo, contestó el santo prelado, solo le doy al único y verdadero Dios criador del cielo y de la tierra. » ¿Y á quién adoras tú? dijo el gobernador dirigiéndose á Eulogio, ¿acaso á Fructuoso? Yo, respondió Eulogio y lo mismo contestó Augurio á la misma pregunta, no doy culto á Fructuoso sino al mismo Dios omnipotente á quien da culto Fructuoso.

Por el semblante inalterable y las respuestas llenas de valor de los defensores de Jesucristo, conoció fácilmente el juez inicuo que no reduciría su constancia por las amenazas, así como en nada la había disminuído con la prision, las molestias y privaciones de la cárcel; y afectando un carácter blando y apacible se valió de la suavidad, de las promesas, de los honores y distinciones que puso á su disposicion á nombre de los emperadores, si daban el ejemplo de obedecer sus edictos. Astucia sin comparacion mas temible que el horror de los tormentos. Los soldados de Cristo la oyen con espanto y levantan sus corazones á su Dios implorando su ayuda, para que no los desampare y para obtener el valor necesario para el triunfo. Se burlan de sus promesas, desprecian sus ofertas y no temen tampoco sus amenazas. La constancia de los gloriosos campeones de la fe le irrita y enciende en cólera, y desesperado de sacar partido, manda que Fructuoso, Eulogio y Augurio sean quemados vivos por no querer dar culto á los dioses del imperio. Léjos de turbar esta sentencia inicua la tranquilidad apacible de nuestros héroes, se llenan de gozo y dan gracias al Señor porque los ha hallado dignos de padecer por él. El pueblo todo y hasta los mismos gentiles lamentan la pérdida de Fructuoso, y claman como el pueblo que veía llevar á la cruz al apóstol san Andres: su sangre inocente se derrama sin causa. Se aumenta el llanto de los cristianos al paso que se acerca la

hora del suplicio. Queriendo prestar á su prelado algun consuelo, le suministraron un confortativo; pero observantísimo de la abstinencia, le rehusó por ser viérnes y no haber llegado la hora de nona, y por no quebrantar el ayuno segun se practicaba en aquel tiempo. Caminaban con paso firme al lugar del suplicio conmovidos, no de los tormentos que les esperaban, sino de las lágrimas de las gentes, del llanto de las ovejas por la pérdida de su pastor. Un cristiano llamado Félix salió al anfiteatro y suplicó al santo prelado que se acordase de él cuando estuviese en la presencia de Dios, y el varon justo tuvo la serenidad y cordura suficiente en aquellos momentos de terror para decirle: que tenia en su mente á toda la iglesia extendida desde el oriente al occidente. Respuesta que celebró san Agustin, y que ha hecho suya la misma iglesia, enseñándonos que á ninguno exceptúa el que ora por todos. Deseoso de dejar consolado á su rebaño, profetizó á sus hijos que jamas les faltaria pastor católico que mirase por su grey. Subieron los tres héroes sobre la leña que ya principiaba á arder, arrodilláronse, y quemando el fuego los cordeles con que estaban amarradas sus manos, sin hacer lesion alguna en sus cuerpos, extendieron sus brazos en forma de cruz para ofrecerse en sacrificio al Señor. Sus ojos y su contemplacion fija en el cielo, sus lenguas alabando y bendiciendo al Señor con los cánticos de los niños de Babilonia... ¡Espectáculo edificante que reflejaba el poder divino y encendia en los fieles el celo de la honra de Dios, y el deseo de morir en defensa de su fe! Patente se hizo en el tiempo que los mártires se conservaron sin lesion, que tenia el Señor poder para librarlos del tormento, si así fuese su voluntad; pero era llegada la hora de dejar el peso de la carne, vestir la inmortalidad y entrar al goce de los placeres eternos y santos. Estaban probadas sus almas, y el Señor las halló dignas de sí. Quiso que se redujesen al polvo sus cuerpos, y que sus almas fuesen transportadas al cielo por las manos de los ángeles de un modo visible á los familiares y á la hija del mismo gobernador. Su doctrina, sus exhortaciones y ejemplos los confirmaron con su sangre y con su muerte. Su luz lució delante de los hombres, que no pudieron ménos de ver sus obras buenas, y dar por ellas gloria al Señor. No se apagó ni se disminuyó con la persecucion ni tormentos, ántes la encendieron mas y mas.

Ilustraron á su pueblo con su vida y con su muerte, que es lo que me propuse manifestar en su elogio.

¿Procuramos nosotros excitar en nuestras almas este espíritu de celo, y conservar la luz de nuestra fe y nuestras buenas obras en nuestra vida y en nuestra muerte? ¿Examinamos si tendríamos el valor necesario para imitar el ejemplo de nuestros santos? Hermanos míos, cuando para conservar y defender nuestra fe fuese necesario derramar hasta la última gota de nuestra sangre, no nos es lícito excusarlo. ¿Y qué suerte podríamos apetecer mas dichosa que morir entre las ruinas de los altares, y llevar con nosotros el depósito de una fe que se nos quisiera arrancar del corazón? Infelices aquellas almas tímidas y cobardes á quienes enmudece y ata las manos, cuando se trata de salir á la defensa de la religion, el respeto humano, el vil interés, la condescendencia vil y culpable, la falsa prudencia, el temor del mundo. No, no es solo á los obispos y sacerdotes á quienes obliga el celo y la defensa de la religion; no son solamente los maestros y doctores los que deben manifestarse como ejemplares de virtud, y hacer ver en sí mismos la doctrina que predicán. La vida de todos los cristianos debe ser una luz brillante que luzca delante de todos, que inflame con sus ejemplos y encienda á los demas en el amor de la virtud y en la práctica de las buenas obras. Todos deben edificarse mutuamente, ser luz del mundo, tener su conversacion en el cielo y proveerse de buenas obras, no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres, para que las vean estos y glorifiquen por ellas al Padre celestial. Hé aquí lo que nos hace luminarias del mundo, dice Tertuliano, nuestras buenas obras. Buenas obras que debemos conservar en la vida y en la muerte, en la paz y en la persecucion, en las alegrías y en los tormentos. Buenas obras que debemos conservar con una vigilancia continua sobre nosotros mismos, para no ser sorprendidos por los enemigos que nos rodean por todas partes. Buenas obras que buscarémos en vano en la tribulacion y en la muerte, si en la vida no nos disponemos como nuestros santos con la oracion, con las penitencias, con las prácticas religiosas, con el estudio y contemplacion de las verdades eternas, con los cánticos sagrados, con la frecuencia de sacramentos, con el ejemplo y buen olor de nuestras virtudes. Acordémonos que fuimos

tinieblas, que el Señor por su misericordia nos ha alumbrado con su luz, y que debemos vivir segun esta luz divina y doctrina de salud eterna. Acordémonos que somos hijos de mártires y de santos, y que estamos encargados de trasladar á nuestros descendientes el depósito precioso de la fe que hemos recibido de nuestros padres. Acordémonos tambien que se pierde y se entibia la fe mucho mas por la debilidad y cobardía de sus defensores, que por el atrevimiento y el furor de sus enemigos. No olvidemos el ejemplo de los santos Fructuoso, Eulogio y Augurio, y como ellos procuremos ilustrar á nuestras familias, á nuestros conocidos, á nuestro pueblo, al mundo todo con una vida y una muerte ejemplar.

¡Gloriosos santos y abogados nuestros! Desde esas mansiones de eterna luz y descanso á que os abristeis la entrada con el fuego del martirio, no olvideis á los que gemimos en el destierro y estamos aún en la pelea. No olvideis á este pueblo sediento de conservar su fe y transmitirla de generacion en generacion, á pesar de los esfuerzos de la impiedad de nuestro siglo. Rogad al Señor por esta herencia que os pertenece, que ilustrasteis con vuestro ejemplo, y por estas plantas que hicisteis fecundas con el riego de vuestra sangre. No sean pasto de las fieras del abismo las almas que confiesan al Señor. Interponed vuestra poderosa mediacion para que despreciando las vanidades del mundo, los intereses y placeres caducos y terrenos, el miedo, la condescendencia y debilidad, luzcamos todos con nuestras buenas obras, que sean vistas delante de los hombres y glorifiquen al Padre celestial; no nos avergoncemos ni temamos los tormentos y contradicciones, ni dejemos jamas de confesar, profesar y tener la fe del Padre, del Hijo y del Espiritu santo, y el Señor tambien nos fortalezca y reconozca por suyos, y nos una con vos en la ciudad eterna á cantarle sin temor las divinas alabanzas. Amen.